

Las limitaciones económicas no impiden las proyecciones de crecimiento

Superatec, constructora de oportunidades

Ariana Guevara Gómez*



SUPERATEC

Esta ONG, que surgió en 2002, da cursos de formación tecnológica, ciudadana y laboral a habitantes de zonas populares. También los ayuda a conseguir un empleo

A los 36 años de edad Dalia Hernández no sabía manejar una computadora. Esta madre soltera de La Vega, a la que no le faltaba la voluntad para trabajar, le tenía miedo a esos aparatos misteriosos. Ahora, nueve años después, no solo venció los temores tecnológicos, sino que cambió su cotidianidad por completo: ya no es ama de casa y vendedora de ropa, sino coordinadora administrativa de la oficina central de Superatec, la asociación civil que la ayudó a construir su propia oportunidad.

Esta ONG —que surgió en 2002 por la iniciativa del belga Hermann de Kessel, con el apoyo del Parque Social Manuel Aguirre, de la Universidad Católica Andrés Bello— cuenta en la actualidad, con diez centros en los que se imparte un programa de formación para el trabajo. El curso ofrece herramientas para el manejo de la tecnología, el ejercicio de la ciudadanía y el desempeño laboral.

El objetivo es captar a los jóvenes de zonas populares que quizás no tienen un proyecto de vida concreto. Entonces, el programa se encarga de formarlos y motivarlos para que desarrollen sus habilidades. Les enseñan a manejar las computadoras, la importancia de los valores, la sexualidad responsable, cómo desenvolverse en una entrevista de trabajo, entre otras cosas.

Al principio, cuando Dalia se inscribió, el curso completo era de seis meses, pero ahora es de tres meses. Ella conoció la organización por una vecina. La intención era inscribir a su hija que había terminado el bachillerato pero no tenía un cupo en la universidad. La joven hizo dos sesiones y después lo dejó pues decidió comenzar como aprendiz del Instituto Nacional de Capacitación y Educación. Entonces, Dalia preguntó si podía tomar su lugar porque ya la inscripción estaba pagada. Y aunque no tenía la edad del común de los participantes, empezó el programa que impulsaría los cambios.

Dalia asistió a las clases en el centro que se encuentra en la parte más alta de La Vega y aprendió lo que necesitaba. De hecho, en Superatec le dieron la motivación suficiente para terminar el bachillerato y, más adelante, estudiar contabilidad.

Pero el trabajo de Superatec no termina con los cursos. Cuando un participante obtiene la certificación puede inscribirse en la bolsa de empleo. Marilyn de Silva, gerente general de la organización, explica que hay empresas aliadas que buscan a los muchachos formados y, de esta manera, se potencian las oportunidades. Nos informa que de las 7 mil personas que han pasado por el programa, alrededor de 3 mil han encontrado empleo a través de la bolsa y otros 2 mil están en la universidad.

Dalia, por ejemplo, empezó a trabajar con una comunidad religiosa que operaba en el centro de Superatec de La Vega y, al mismo tiempo, ayudaba con algunas cosas a la organización. En 2006 le ofrecieron el cargo de asistente de centro, y en 2008 le preguntaron si quería trabajar en la oficina central como asistente de administración. Aunque le costó desprenderse de la labor comunitaria, decidió comenzar en ese nuevo proyecto. Después se convirtió en coordinadora administrativa, que es el cargo que ocupa actualmente.

“Superatec significó un cambio positivo para mí. Yo era ama de casa y madre soltera, y esta organización me dio la oportunidad. Sin eso, de repente ahorita todavía estuviera trabajando en mi casa”, dice Dalia.

COMUNIDADES COMPROMETIDAS

No es sencillo llegar a una comunidad desconocida y ofrecer formación. El trabajo es más complicado si se trata de motivar a los jóvenes, que tienen intereses muy particulares. ¿Cómo lo logran? “Ese es el reto más importante. Lo que nosotros hacemos es tocar puertas y crear redes con líderes y organizaciones comunitarias. Si esperaríamos a que vinieran solos, el número de participantes sería inferior”, dice Marilyn de Silva.

Brigitte Oca, jefe del centro de La Vega, debe supervisar a su personal y también salir a las comunidades a escuchar los problemas y captar participantes. Para ella, eso es justamente lo más difícil de su trabajo pues no todo el mundo entiende lo que hacen en Superatec. Por eso deben ingeniar estrategias. Por ejemplo, ella busca el apoyo de los comerciantes de la zona. También se acerca a los jóvenes que están sin hacer nada y les explica el programa. “Podemos ofrecer varias alternativas: lo humano, lo tecnológico, lo laboral. Generalmente se quedan enganchados con alguna. A veces es un trabajo fuerte encaminarlos, pero siempre se logra”.

Ella lo sabe por su propia experiencia. Así como Dalia, Brigitte fue participante de Superatec. También era ama de casa y tenía un bebé que dio a luz a los 18 años de edad. Tuvo que suspender el bachillerato para atender a su hijo, pero justo después de terminar quinto año decidió inscribirse en el programa. Obtuvo el cer-

tificado en mayo de 2005 y en noviembre la llamaron de la bolsa de empleo para entrevistarla. Así obtuvo el cargo de asistente de centro y después se convirtió en facilitadora. Unos años más tarde asumió nuevas responsabilidades con la jefatura del centro.

Darwin Ramírez, coordinador del centro de Cagua –el primero que se abrió en una región alejada de Caracas–, también considera difícil acercarse por primera vez a una comunidad. Para él, la solución está en conocer en profundidad los problemas de esa zona y ajustarse a sus realidades. Una de las estrategias que él usa es asistir a los liceos y motivar a los jóvenes de cuarto y quinto año. También lo ayuda el hecho de que es egresado del programa y que se inscribió en 2005 cuando tenía veinte años de edad. Como los casos de Dalia y Brigitte, poco a poco ha desarrollado su potencial hasta llegar a su posición actual.

Las técnicas de captación se combinan con un programa atractivo para lograr que los estudiantes prosigan. Marilyn de Silva explica que la UCAB ayudó a conformar el currículo, que se ha ido adaptando con el paso del tiempo. Pese a que el curso no es gratuito –se deben pagar dos niveles de 250 bolívares cada uno, que pueden ser por partes–, Superatec mantiene el interés. “No lo damos gratis, porque queremos incentivar el compromiso y la responsabilidad”.

MÁS CENTROS

El primer local de Superatec surgió por una estrecha alianza con la UCAB. Más adelante, debido a la asociación con empresas privadas y otras organizaciones, se logró la expansión. Después se hizo un contacto, en 2011, con el Comité para la Democratización de la Informática con sede en Brasil y trabajos en varios países para consolidar aún más el proyecto.

Sin embargo, Marilyn de Silva reconoce que es difícil mantener este modelo porque es costoso. “Es muy cuesta arriba lograr el financiamiento. Cada año las empresas se ven más afectadas y es complicado presentar nuevos proyectos”.

De todos modos, esas limitaciones no impiden hacer planes. Darwin Ramírez, coordinador del centro de Cagua, dice que hay una idea de abrir centros en otras regiones del país. De esa manera se alcanzarían muchas más satisfacciones, esas que han acompañado a Marilyn de Silva desde el comienzo: “Me encanta ver el crecimiento de los jóvenes y el alcance que logramos en sus vidas. Eso es gasolina para mi motor. Nos llena de mucho orgullo cuando nuestros egresados se convierten en jefes de centros, terminan la universidad, alcanzan un empleo. No es solamente decirles que pueden superarse, sino darles las oportunidades para que efectivamente lo hagan”.

*Periodista.